

libro segundo de *La ciudad de Dios* trata de esta diosa y fiestas que se le hacían; y dice ser infames⁸ y nefandas e indignas de hombres de razón y pésimamente aplicadas a la que tenían por madre de sus dioses, cuyas palabras y sentimiento grande dejamos referido en el libro de los sacrificios.⁹ Hacíanse en ella grandísimas deshonestidades; y por festejarla más, las mujeres la rociaban con sus orines; para que se vea la ignorancia y ceguera de estas brutales gentes, apartadas de Dios verdadero y entregadas a la mentira y fingimiento de una tan falsa diosa. A la cual no según el nombre deífico que la daban, sino por razón de ser infame como era, le venía muy bien aquella rociada. Había sinfoniacos que tañían trómpetas y atabales y otros instrumentos de fruslera, a manera de campanas que hacían grandes ruidos, con unos vasos de cobre, hiriendo unos con otros, cuyo ruido parecía más de infierno que de regocijo y no lo podían sufrir como lo dice Ovidio.¹⁰ Estas suciedades, con las otras muchas que dejamos dichas en el libro de los sacrificios, hacían en esta fiesta,¹¹ en honor de esta sucia diosa, bien diferentes de las que estas gentes le hicieron y ordenaron en su república, como se ha visto en este capítulo, aunque todas fueron malas y pésimas y indignas de hombres racionales y muy propias del juicio del demonio, que como falto de dios y codicioso de su deidad, la busca en estas cosas, como si en cosas tan viles y infames estuviese incorporada.

CAPÍTULO XXIV. *De la fiesta que hacían a todos los dioses estos indios en el mes duodécimo, llamado teutleco, que quiere decir llegada de los dioses*



ESTE MES DOCENO COMENZABA con su primero día a los trece de septiembre y acababa a los dos días del mes de octubre; al cual mes llamaban teutleco, que quiere decir la llegada de todos los dioses. Y no sin causa le daban este nombre, porque creían venir este día todos los dioses a asistir a la fiesta, como suelen los convidados de unas ciudades a otras; y así hacían este mes una muy grande fiesta a honra de todos los dioses, como en hacimiento de gracias de haber querido mostrarse propicios a su república y honrarla con su venida y presencia; como si Dios tuviese necesidad de andar mudando lugares para hallarse presente a todas las cosas; el cual está más cerca y dentro de ellas, que ellas están de sí mismas; así como el ánima racional¹ en el cuerpo humano está toda en todo y toda en cualquiera parte de él; y muy más conjunto Dios en todas las cosas que el ánima en su cuerpo, como habemos dicho. Lo primero que se ordenaba

⁸ Div. Augt. lib. 2. de Civit. Dei. cap. 4 y lib. 7. cap. 25.

⁹ Arnobius Contr. Gentes, lib. 5.

¹⁰ Ovid. ubi supra.

¹¹ Supra lib. 7. cap. 6 y 7.

¹ Arist. de Anima. lib. 1.

para esta fiesta era enramar los templos y calles y encrucijadas donde quiera que había cu o altar. Esto se hacía por todos los muchachos y mancebos de la república, a los quince días pasados del mes. Y por este cuidado que tenían de enramar los templos y calles, les daban maíz en grande y suficiente cantidad para comer aquel día; y otros muchos alargaban más la mano, conforme a su devoción y ánimo, para la fiesta y celebración de sus dioses.

A los diez y ocho días pasados de este dicho mes, decían, que comenzaban a venir los dioses, y que el primero que llegaba era Tezcatlipuca, por ser más mozo que todos los demás, y que nunca se envejecía; y que tras él iban llegando los demás dioses, según las más o menos fuerzas que tenían o como más o menos se cansaban. Esta noche, que creían llegar este dios mancebo, hacían una grande cena y convite, y comían y bebían abundantísima y espléndidamente, en especial los viejos y viejas, los cuales se demasiaban en el beber; y decían que con el vino que bebían, lavaban los pies al dios que llegaba fatigado. Y yo digo que es un gran desatino éste; y que lo cierto era que lavaban sus tripas y las hinchían de licor, que los alegraba, cuyos humos se les subían a la cabeza y los derribaban, con la cual caída no era mucho que cayeran en tan grandes errores y locuras. Dos días después de este deciocheno, que era el veinteno y último día de el mes, decían que llegaban todos los demás, para cuyo recibimiento tañían y cantaban y bailaban toda la noche de la vigilia y comían y bebían como en las demás ocasiones acostumbraban.

Esta fiesta o espera de estos diabólicos dioses era muy solemne y muy creída de estas bárbaras naciones, porque el demonio los tenía persuadidos a ser verdad que entonces venían de otras partes, y que querían descansar allí en aquel día de su gran fiesta. La causa de tenerlo tan creído estos ciegos y desatinados hombres, era porque les daba señal de su llegada, en forma visible, aunque por invisible modo en esta manera. Aquella noche, que era la vigilia de el festival, día en la cual el demonio les tenía persuadido que llegaba el dios mancebo Tezcatlipuca, ponían una estera que llamaban petate en el suelo y entrada de la capilla mayor de su abominable templo, sobre la cual cernían y polvoreaban una poca de harina de maíz, que es su trigo; y esto era al principio de la noche, la cual pasaba el sumo sacerdote en vela, yendo y viniendo muy a menudo a ver la estera, si por ventura hallaba impresa en la harina alguna huella de el dios que aguardaban. Ya las más horas pasadas de la noche (que ordinariamente era de media noche abajo) veía la señal de su llegada, que era una pisada o huella de pie humano estampada y señalada en la harina. Luego que el sátrapa y sacerdote la veía, comenzaba a decir a voces: ya llegó nuestro dios, ya llegó nuestro dios, nuestro gran dios es venido. A esta voz acudía todo el pueblo, que ya lo estaban aguardando, unos en los templos y otros en sus casas velando; y luego sonaban todos los instrumentos músicos y comenzaban grandes regocijos y bailaban y cantaban, muy concertadamente, con mucha solemnidad y contento, celebrando la venida y llegada de su falso y mentiroso dios. Y procedían en su baile hasta el día, en todo el cual

creían que llegaban todos las demás, como ya hemos dicho. Porque fingían ser unos más mozos que otros y tener unos más vigor y fuerzas que otros y por esta razón no ser a una su llegada, sino en diferentes tiempos.

A puesta del sol y fin de este día volvían a lavar los pies a los dioses, comiendo y bebiendo a la manera que al principio habían hecho, que no era menor borrachera que la pasada. Para este día tenían muchos cautivos miserables que sacrificar, los cuales quemaban vivos en grandes fuegos y crecidas hogueras. Al rededor de las cuales andaban bailando ciertos manebos señalados, disfrazados en forma de monstruos; y como iban bailando iban arrojando en ellas a los míseros cautivos, adonde acababan su vida miserablemente, rindiendo sus almas en el fuego y poniéndolas en la sujeción y cautiverio de los demonios; por los cuales es más cierto decir que habían venido por ser su principal fiesta engañarlos, y hacerse señor de ellas por los modos que más pueden.

CAPÍTULO XXV. De la fiesta que estas gentes hacían a los dioses de los montes y sierras en el mes treceno llamado tepeilhuitl



ESTE TRECENO MES DE ESTOS INDIOS era llamado tepeilhuitl, que quiere decir fiesta de los montes o sierras, tomando la denominación y nombre el mes de la causa porque esta fiesta se ordenaba, que era a honra de los montes y sierras. Para cuya mejor declaración es de saber que los antiguos indios de esta tierra dejaron persuadidos a sus sucesores que en los montes y sierras más altas y empinadas que hay por estos espaciosos y extendidos reinos, moraban unos dioses que herían a los hombres con varias y diversas enfermedades, atribuyéndoles todas las dolencias y enfermedades que proceden de frío y que fácilmente se enojaban con los hombres y los castigaban con ellas. Para cuyo remedio y por aplacar su ira inventaron y ordenaron esta tan célebre fiesta. Para cuya solemnidad lo primero era hacer unas culebras de palo o de raíces de árboles, labrándoles las cabezas lo más pulidamente que sabían. Hacían también de trozuelos pequeños unas figurillas, a manera de las muñecas que acostumbran las niñas en nuestra nación española, las cuales llamaban ecatotonti; y así a las unas figuras, como a las otras, las vestían y embadurnaban con una masa hecha de tzohualli, que es semilla comestible de que hacían sus idollitos pequeños.

De estas imangecillas hacían muchas, unas a honra de los dioses montesinos y campestres, y otras en memoria de algunos difuntos, en especial de los que se habían ahogado en agua, o habían muerto de muerte, que no pudieron ser quemados sus cuerpos o fueron enterrados por alguna causa. Después de hechas estas figuras e imágenes y de ser colocadas y constituidas en sus templos y altares, ofrecíanles incienso como a cosa ya deificada